



emancipacion; los vencidos que ocuparon en Italia el puesto de la poblacion indigena que habia perecido en la conquista, piden derechos; Mário nace de la sangre de Graco y allana el camino á César, precursor de Augusto. Durante las guerras intestinas, la civilizacion marcha siguiendo el camino del sol hasta el Océano, y los descendientes de los galos y de los germanos, conquistados para la civilizacion, perdonan á los romanos la matanza de sus padres. Por otro lado, la Europa reina en Egipto, combate en Persia, subyuga la patria de Masinisa, y aumenta el número de las naciones agrégadas á su civilizacion; de modo, que en adelante podrá combatir al Oriente con fuerzas iguales.

Encuétrase en efecto frente al Oriente en Accio, y la fuga del Egipto proclama la supremacía de Europa. No obstante, triunfa el Oriente en la profunda corrupcion de la nueva Babilonia, porque al paso que se facilita con la espada la fraternidad de las naciones, al paso que se mejoran las formas exteriores de la ciudad, la industria, el comercio, las artes, las leyes, la administracion, se gangrena la herida que la supersticion y la filosofia han abierto en el corazon y en la inteligencia del mundo antiguo; y los elementos necesarios para la vida social, fe, conciencia, libertad, se desvirtuan. Las leyes protegen á los esclavos, y la esclavitud es más despiadada que nunca; Paulo Emilio vende en Epiro ciento cincuenta mil ciudadanos de setenta ciudades destruidas, para distribuir el importe entre los soldados, y César da gracias á los dioses por haber exterminado á los galos, vendido al mejor postor cincuenta y tres mil habitantes de Namur, y muerto en Avarico cuarenta mil hombres inermes. No se da muerte á los hombres tan sólo para saciar el hambre ó en el impetu brutal de la venganza, sino tambien por divertir al pueblo reunido en el circo. Combínase en Roma el dogma de la autoridad con el de la libertad, pero libertad ciudadana, no individual; é inmolándose la independenciam de las naciones sobre el altar de la patria, erigida en divinidad inexorable, el mundo es considerado como una mina de oro ó un mercado de esclavos; la palabra de la república es santa,

no porque sea justa, sino porque ha sido pronunciada; la legalidad ocupa el lugar de la justicia para encubrir exteriores iniquidades, y llega á desconocerse el derecho sagrado de desobedecer las leyes injustas, esto es, la prerrogativa de la razon que juzga de la justicia de las leyes. Reducido todo, por tanto, á mera política, no queda más union posible que la fuerza, incapaz de mantener por mucho tiempo la armonia; y la ciencia pagana tan sólo sabe lamentar los vicios de aquella raza, peor que la precedente, y prever otra todavía más perversa (1).

Sabiendo Augusto aprovecharse de este respeto á la legalidad para disfrazar con él su usurpacion, concentra en sí los poderes que el pueblo adquirió con grandes trabajos, y sustituye á la república despótica el despotismo de la monarquía. Así resuelve el gran litigio entre nobles y plebeyos, entre patricios y caballeros; proscribiendo la aristocracia é igualando el derecho civil, hace caer en desuso las Doce tablas, é iguala todos los miembros del imperio; y por último, llama á las musas para que cubran con laureles las cadenas impuestas á la ciudad reina, é insultando al subyugado mundo, le grita: *Paz*.

ÉPOCA SEXTA
Desde la venida de Jesucristo hasta Constantino

Ya hemos llegado á aquellos tiempos tan deseados de nuestros padres, de la venida del Mesías. Este nombre significa Cristo ó unguido del Señor, y se debe á Jesucristo como á pontífice, como á rey y como á profeta. No concuerdan en el año preciso en que vino al mundo; pero convienen en que su nacimiento excede ciertamente en algunos años á nuestra era vulgar, que no obstante seguimos con todo los demás por mayor comodidad. Y sin disputar más sobre el año del nacimiento de Nue-

Años
después de
J.-C.
4 á 323

(1) *Etas parentum, peior avis, tullit nos nequiores, mox daturos progeniem vitiosiore.*
HORAT. III. 6.

Sentimiento es este predominante en los escritores de aquella edad.



tro Señor; basta que sepamos que fué cerca del 4000 del mundo. Unos le ponen un poco antes, otros un poco despues, y otros precisamente en este año, cuya diversidad nace, no ménos de la incertidumbre de los años del mundo, que de la del nacimiento de Nuestro Señor. De cualquier modo que sea, fué cerca de este tiempo; mil años despues de la dedicacion del templo y el 754 de Roma, cuando Jesucristo, hijo de Dios en la eternidad, hijo de Abraham y de David en el tiempo, nació de una Virgen. Esta es de todas la más considerable época, no sólo por la importancia de tan grande suceso, sino por ser ella tambien de donde há tantos siglos que comienzan los cristianos á contar sus años. Tiene asimismo de notable, que concurre con poca diferencia con el tiempo en que vuelve Roma al estado monárquico, bajo el pacífico imperio de Augusto. Todas las artes florecieron á su sombra, y la poesia latina fué elevada á su mayor perfeccion por Virgilio y Horacio, excitados de este príncipe, no sólo con sus beneficios, sino con el honor concedido de una libre entrada cerca de su persona. Siguió luego al nacimiento de Jesucristo la muerte de Herodes. Su reino fué dividido entre sus hijos, y no tardó en caer en poder de los romanos la principal parte. Acabó Augusto su reinado con mucha gloria. Sucedióle sin contradiccion Tiberio, á quien habia adoptado, y fué reconocido el imperio por hereditario en la familia de los Césares. Tuvo mucho Roma que sufrir de la cruel política de Tiberio; pero lo restante de sus dominios gozó de competente tranquilidad. Germánico, sobrino de Tiberio, apaciguó los ejércitos amotinados, rehusó el imperio, derrotó al fiero Arminio, adelantó hasta el Albis sus conquistas; y habiendo con el amor de los pueblos atraído á sí los celos de su tío, este príncipe bárbaro le hizo morir ó de disgusto ó de veneno. El año décimoquinto de Tiberio se deja ver San Juan Bautista. Hácese Jesucristo bautizar de este divino precursor. El Padre Eterno reconoce á su muy amado hijo con una voz que viene de lo alto. El Espíritu-Santo descien-de sobre el Salvador bajo la forma pacífica de una paloma. Toda la trinidad se manifiesta.

Allí empieza con la septuagésima semana de Daniel la predicacion de Jesucristo. Esta última semana era la más importante y la más señalada. Habíala Daniel separado de las otras, cómo semana en que la alianza debia confirmarse, y los antiguos sacrificios perder su virtud en medio de ella. Nosotros la podemos llamar la semana de los misterios. En ella estableció Jesucristo su mision y su doctrina con innumerables milagros, y despues con su muerte. Sucedió esta el cuarto año de su ministerio, que fué tambien el cuarto de la última semana de Daniel, y de este modo se halla esta gran semana justamente partida en la mitad con esta muerte.

Así es fácil de hacer el cómputo de estas semanas, ó por mejor decir, está del todo hecho; pues juntando á los 453 años que se hallarán desde el 300 de Roma y el 20 de Artajerjes hasta el principio de la era vulgar, los 20 años de esta era que se ven confinar con el décimoquinto año de Tiberio, y con el bautismo del Señor, de estas dos sumas se formarán 483 años, de los siete que faltan aún para cumplir los 490; el cuarto que hace la mitad, es en el que murió Jesucristo, y todo lo que profetizó Daniel está visiblemente incluido dentro del término que se prescribió. Fuera de que tampoco es necesaria tanta puntualidad; y nada hay que obligue á entender en este extremo rigor aquella mitad notada por Daniel, y los más escrupulosos se satisfarian con hallarla en cualquier punto que estuviese entre los dos extremos; dígoles esto, á fin de que los que creyeren tener razones para poner un poco antes ó un poco despues el principio de Artajerjes ó la muerte de Nuestro Señor, no se fatiguen en su cálculo; y que los que intentaren oscurecer una cosa tan clara con cavilaciones de la cronología, depongan sus inútiles sutilezas.

Las tinieblas que cubrieron toda la superficie de la tierra en pleno mediodía, y en el punto que Jesucristo fué crucificado, están recibidas por un eclipse ordinario de los autores paganos, que han notado este memorable suceso. Pero los primeros cristianos, que hablaron de él á los romanos como de un prodigio, no solamente señalado por sus autores, sino tambien



por los registros públicos, hicieron ver que ni al tiempo de luna llena, en que Jesucristo murió, ni en todo aquel año en que se observó este eclipse, podía haber alguno que no fuese sobrenatural. Tenemos las propias palabras de Phlegon, Liberto de Adriano, citadas en tiempo que estaba su libro entre las manos de todos, así como las historias Siriacas de Tallo, que le siguió; y el cuarto año de la 202 olimpiada, notada en los anales de Phlegon, es de la muerte de Nuestro Señor. Para cumplir los misterios, sale Jesucristo del sepulcro al tercer día; aparece á sus discípulos, sube á los cielos en su presencia, envía el Espíritu-Santo, la Iglesia se forma, la persecución comienza, San Estéban es apedreado, San Pablo se convierte, un poco despues Tiberio muere. Calígula, su sobrino, su hijo adoptivo y su sucesor, pasma al Universo con su cruel y brutal locura; hácese adorar, y ordena que sea colocada su estatua en el templo de Jerusalem. Chereas libra de este monstruo al mundo. Claudio reina, sin embargo de su estupidéz. Es deshonrado por Mesalina su mujer, y despues de haberla hecho matar, la vuelve á pedir. Cásase despues con Agrippina, hija de Germánico. Los apóstoles tienen el concilio de Jerusalem, en que San Pedro habla el primero, como hace en todo lo demás. Los gentiles, convertidos, son allí libertados de las ceremonias de la ley; se pronuncia la sentencia en nombre del Espíritu-Santo y de la Iglesia. San Pablo y San Bernabé llevan el decreto del concilio á las iglesias, y enseñan á los fieles á sujetarse á él. Tal fué la forma del primer concilio. El insensato Claudio, deshereda á su hijo Británico, y adopta á Neron, hijo de Agrippina. Ella, en recompensa, envenena á tan imbécil marido. Pero el imperio de su hijo no fué menos funesto á sí misma que á todo el resto de la república. Debíose á Carbulon toda la gloria de este reinado, por las victorias que obtuvo contra los partos y los armenios. Neron comenzó á un mismo tiempo la guerra contra los judíos y la persecucion contra los cristianos. Este es el primer emperador que persiguió la Iglesia. Hizo morir en Roma á San Pedro y San Pablo. Pero como al mismo tiempo perse-

guía á todo el género humano, se halló rodeado de sublevaciones; supo que el Senado le habia condenado á muerte, y se mató á sí mismo. Cada ejército se hizo un emperador; decidióse la contienda cerca de Roma y en Roma misma, con espantosas batallas, en que Galba, Othon y Vitelio perecieron. El afligido imperio reposó bajo el dominio de Vespasiano. Pero los judíos fueron reducidos al extremo, y Jerusalem tomada y abrasada. Tito, hijo y sucesor de Vespasiano, dió una breve alegría al mundo; y sus días, que creia perdidos cuando no los señalaba algun beneficio, se precipitaron muy apresuradamente. Vióse revivir á Neron en la persona de Domiciano. Renovóse la persecucion. Salido San Juan de entre los hervores del aceite, fué desterrado á la isla de Patmos, donde escribió su *Apocalipsis*. Poco despues escribió su *Evangelio*, de edad de noventa años, y juntó la calidad de evangelista á la de apóstol y profeta. Desde este tiempo fueron los cristianos siempre perseguidos, tanto bajo los buenos como los malos emperadores. Hacíanse estas persecuciones, ya de orden suyo y por el odio particular de los magistrados, ya por la sublevacion de los pueblos, y ya por los decretos, auténticamente pronunciados en el Senado, segun los rescriptos de los principes, ó en su presencia. Era entonces la persecucion más universal y más sangrienta; y así el odio de los infieles, siempre obstinado en arruinar la Iglesia, se excitaba á sí mismo de tiempo en tiempo á nuevos furios. Estas renovaciones de violencias han dado ocasion á los historiadores eclesiásticos de contar diez persecuciones bajo diez emperadores. En medio de tan largo padecer, jamás excitaron los cristianos la más mínima sedicion. Entre todos los fieles, eran siempre los obispos los más combatidos. Entre todas las iglesias, la de Roma fué perseguida con mayor violencia; y treinta papas confirmaron con su sangre el Evangelio que anunciaban á todo el mundo. Matan á Domiciano, y comienza el imperio á respirar bajo Nerva. No le permite su grande edad restablecer las cosas; y para asegurar el reposo público, elige por sucesor suyo á Trajano. Tranquilo el imperio por dentro y triunfan-



te por fuera, no cesa de admirar un tan buen príncipe, que tenía por máxima que, era necesario que sus ciudadanos le hallasen tal, como él hubiera querido hallar un emperador si fuese sólo ciudadano. Domó este príncipe los dáacios y á Decéballo, su rey; extendió sus conquistas en el Oriente; dió un rey á los partos y les hizo temer el poder de Roma; feliz en que la embriaguez y sus amores infames, vicios tan deplorables en tan gran príncipe, nada le hiciesen intentar contra la justicia. A tiempos tan ventajosos para la república, sucedieron los de Adriano, mezclados de bueno y de malo. Mantuvo la disciplina militar; vivió él también militarmente y con mucha templanza; alivió las provincias; hizo florecer las artes, y á la Grecia, madre de ellas; tuvo con sus ejércitos y con su autoridad atemorizados los bárbaros; reedificó á Jerusalem y le dió su nombre, de donde le viene el de Elía, pero desterró los judíos, siempre rebeldes al imperio; y estos, obstinados, hallaron en él un desapiadado vengador. Mas deslustró con sus crueldades y con sus amores monstruosos un reinado tan esclarecido. Su infame Antinous, de quien hizo un Dios, cubre de ignominia toda su vida. Pareció despues que el emperador enmendase sus errores y restableciese su oscurecida gloria, adoptando á Antonino el *Piadoso*, el cual adoptó despues á Marco Aurelio, el sábio y filósofo. Descríbrense en estos dos principes dos admirables cualidades: el padre, siempre en paz, está siempre pronto, siendo necesaria, á hacer la guerra; el hijo, siempre en guerra, siempre está pronto á dar á sus enemigos y al imperio la paz. Habíale enseñado su padre Antonino que importaba más salvar un solo ciudadano, que deshacerse de mil enemigos. Los partos y los marcomanos probaron el valor de Marco Aurelio. Eran los marcomanos alemanes que el emperador acababa de sujetar cuando murió. Por las virtudes de estos dos Antoninos, se hizo este nombre la delicia del pueblo romano, y no pudo quedar borrada la gloria de tal nombre por la flojedad de Lucio Vero, hermano de Marco Aurelio, ni por las brutalidades de Cómodo, su hijo y sucesor. Este, indigno de tener tal padre, olvidó sus documentos y sus ejemplos;

se hizo abominable al Senado y á los pueblos, y su misma dama, con los que más le obséquian, le hicieron morir. Pertinaz su sucesor, vigoroso defensor de la disciplina militar, se vió sacrificado al furor de los soldados licenciosos, que habian un poco antes elevádole á su pesar al supremo poder. Puesto el imperio en almoneda por el ejército, encontró un comprador. El jurisconsulto Didio Juliano se arriesgó á esta atrevida compra y le costó la vida; Severo Africano le hizo morir, vengó á Pertinaz, pasó del Oriente al Occidente, triunfó en la Siria, en la Gália y en la Gran Bretaña. Rápido conquistador, igualó á César en las victorias, pero no le imitó en la clemencia. No pudo poner paz entre sus hijos. Apenas murió, cuando Bassano ó Caracalla, que era el primogénito, falso imitador de Alejandro, mató á su hermano Geta, también emperador, en el seno de Julia, madre de ambos; pasó despues su vida en crueldades y sangrientos estragos, y se buscó una trágica muerte. Habíale Severo ganado el corazón de los soldados y pueblos, dándole el nombre de Antonino; pero él no supo mantener su gloria. El sirio Heliogábalo, ó por mejor decir, Halagábalo, su hijo, á lo ménos reputado por tal, aunque el nombre de Antonino le diese desde luego el corazón de los soldados y la victoria contra Macrino, también se hizo despues por sus infamias el horror del género humano, y fué causa de su misma perdicion. Alejandro Severo, hijo de Mamaea, su pariente y sucesor, vivió muy poco para el bien del mundo. Lamentábase de tener más dificultad en contener sus soldados que en vencer á sus enemigos. Su madre, que le gobernaba, fué causa de su ruina, como antes lo habia sido de su gloria. En su tiempo, Artajerjes, persiano, mató á su señor Artabano, último rey de los partos, y restableció en el Oriente el imperio de los persas.

La Iglesia, aunque recién nacida, llenaba en estos tiempos toda la tierra; y no sólo el Oriente, en que habia empezado, esto es, la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia Menor y la Grecia, sino también en el Occidente, á más de Italia, las diversas naciones de las Gálias, todas las provincias de España, el Africa, la Ger-



mania, la Gran Bretaña, en lugares impenetrables á las armas romanas, y tambien, fuera del imperio, la Armenia, la Persia, las Indias, los pueblos más bárbaros, los sarmatas, los dacios, los scitas, los mauritanos, los getulios, y hasta las islas más desconocidas. La sangre de sus mártires la fecundaba. Bajo Trajano, San Ignacio, obispo de Antioquia, fué expuesto á las bestias feroces. Marco Aurelio, desgraciadamente preocupado de las calumnias de que cargaban al cristianismo, hizo morir á San Justino el filósofo; y el apologista de la religion cristiana, San Policarpo, obispo de Smirna, discípulo de San Juan, fué en edad de ochenta años condenado al fuego, bajo el mismo príncipe. Los santos mártires de Leon y de Viena sufrieron tormentos inauditos, como San Photino, su obispo, de edad de noventa años, les dió ejemplo con su constancia. La Iglesia llenó todo el Universo de su gloria. San Ireneo, discípulo de San Policarpo y sucesor de San Photino, imitó á su predecesor, y murió mártir en tiempo de Severo con un gran número de fieles de su iglesia. Mitigábase alguna vez la persecucion. En una extrema falta de agua que Marco Aurelio padeció en Germania, una legión cristiana obtuvo una lluvia capaz de extinguir la sed de su ejército, acompañada de rayos, que atemorizaron á sus enemigos. El nombre de fulminante fué dado y confirmado á la legión por este milagro; y quedó el emperador tan movido de él, que escribió al Senado en favor de los cristianos. En fin, sus adivinos le persuadieron á atribuir á sus dioses, y ó sus ruegos, un milagro que ni aun en desearle habian advertido los paganos. Otras causas suspendian ó moderaban algunas veces la persecucion por algun tiempo; pero la supersticion, vicio que Marco Aurelio no pudo evitar, el odio público y las calumnias que se imputaban á los cristianos, prevalecian bien presto. Revivia el furor de los paganos, y corría por todo el imperio la sangre de los mártires. La doctrina acompañaba á la tolerancia. En tiempo de Severo, y un poco despues, Tertuliano, presbítero de Cartago, ilustró la Iglesia con sus escritos, la defendió con una admirable apologia, y la dejó despues, ciego de una

orgullosa severidad y engañado de las visiones del falso profeta Montano. Poco despues, por el mismo tiempo, el santo presbítero Clemente Alejandrino desenterró las antigüedades del paganismo para confundirle. Origenes, hijo del santo mártir Leonidas, se hizo célebre por toda la Iglesia desde su juventud primera, y enseñó grandes verdades, que mezclaba con muchos errores. El filósofo Ammonio hizo servir la filosofía platónica á la religion, y se ganó hasta el respeto de los paganos. Entre tanto, los valentinianos, los gnósticos y otras sectas impías, confundieron el Evangelio con falsas tradiciones. San Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las iglesias apostólicas, mayormente la de Roma, fundada por los apóstoles San Pedro y San Pablo, y la principal de todas. Tertuliano hizo lo mismo. Nunca ha vacilado la Iglesia, ni por las herejías, ni por los cismas, ni por la caída de sus más ilustres doctores; y la santidad de sus costumbres es tan esclarecida, que le atrae las alabanzas de sus enemigos.

Hallábanse en terrible turbacion las cosas del imperio. El tirano Maximino, aunque de estirpe gótica, se hizo dueño de él despues de haber quitado la vida á Alejandro. Opióse el Senado cuatro emperadores, que en ménos de dos años perecieron. Entre ellos estaban los dos Gordianos, padre é hijo, ambos del pueblo romano. El joven Gordiano, aunque en una extrema juventud muestra una consumada sabiduría, y pudo defender, aunque difícilmente, contra los persas el imperio debilitado por sus discordias. Habia ya recobrado de ellos muchas plazas importantes, cuando Felipe, árabe, mató á tan buen príncipe, y temiendo ser oprimido de dos emperadores sucesivamente elegidos por el Senado, hizo una paz indigna con Sapor, rey de Persia. Este fué el primero de los romanos que abandonó por tratado tierra del imperio. Dícese que abrazó la religion cristiana en tiempo, que de repente se vieron mejoradas sus costumbres, y es cierto que fué favorable á los cristianos. En odio de este emperador, Décio, que le mató, renovó la persecucion con más violencia que nunca. Extendióse la Iglesia por todas partes, principalmente en las Galias, y bien presto



perdió el imperio á Décio, que vigorosamente le defendía. Gallo y Volusiano pasaron muy aceleradamente. Emiliano no hizo sino dejarse ver. Fué dado á Valeriano el poder supremo, á que subió este venerable anciano por todas las dignidades. No fué cruel sino con los cristianos. Bajo él, San Estéban, papa, y San Cipriano obispo de Cartago, sin embargo de sus disputas que no habian podido romper su comunión, recibieron ambos la misma corona. El error de San Cipriano, que reprobaba el bautismo dado por los herejes, no fué á él ni á la Iglesia perjudicial. Se mantuvo la tradicion de la Santa Sede por su propia fuerza contra los especiosos discursos, y contra la autoridad de tan gran hombre, aunque otros tambien grandes defendiesen la misma doctrina. Mayor daño hizo otra disputa. Confundió Sabellio juntas las tres divinas personas, y nó conoció en Dios sino una sola bajo tres nombres. Pasmó á la Iglesia esta novedad, y San Dionisio, obispo de Alejandria, descubrió al papa Sixto II. los errores de aquel heresiarca. Este santo papa siguió bien presto al mártir San Estéban, su predecesor; cortáronle la cabeza, y dejó otro mayor combate que sostener al diácono San Lorenzo. Véase entonces comenzar la inundacion de los bárbaros á sincozo el año de 250. Los borgoñones y otros pueblos germanos, los godos, llamados antes getas, y otros pueblos que habitaban hácia el Ponto Eusino y de la otra parte del Danubio, entraron en Europa. El Oriente fué invadido por los scitas asiáticos y por los persas. Deshicieron estos á Valeriano. Siguióse el prenderle por una infidelidad, y despues de haberle hecho terminar su vida en una penosa esclavitud, le quitaron la piel para que sirviese de monumento á su victoria. Gallieno, su hijo y compañero, acabó por su flojedad de perderlo todo. Treinta tiranos dividieron el imperio. Odenato, rey de Palmira, ciudad antigua fundada por Salomon, fué el más ilustre de todos; salvó las provincias del Oriente de las manos de los bárbaros, y se hizo conocer en ellas. Marchaba con él su mujer Zenobia al frente de sus ejércitos, que despues de su muerte mandó ella sola, y se hizo célebre en todo el mundo, por haber juntado la castidad con la

belleza, y la sabiduría con el valor. Claudio II, y despues de él Valeriano, restablecieron las cosas del imperio. En tanto que ellos abatian los godos y los germanos con señaladas victorias, conservaba Zenobia á sus hijos las conquistas de su padre. Esta princesa se inclinaba al judaísmo. Paulo de Samofates, obispo de Antioquia, hombre vano é inquieto, enseñó por atraerla su opinion judaica sobre la persona de Jesucristo, á quien hacia solamente un puro hombre. Despues de una larga disimulacion de doctrina tan nueva, fué convencido y condenado en el concilio de Antioquia. La reina Zenobia sostuvo la guerra contra Aureliano, que no se desdenó de triunfar de una mujer tan célebre. Entre continuos combates supo él hacer observar á los soldados la disciplina romana; y mostró que siguiendo los órdenes antiguos y la antigua templanza, podian tenerse en operacion grandes ejércitos dentro y fuera sin gravámen del imperio. Empezaban entonces los francos á hacerse temer. Eran estos una liga de pueblos germanos, que habitaban á lo largo del Rhin. Su nombre manifiesta que estaban unidos por el amor de la libertad. Aureliano los habia derrotado siendo particular, y los tuvo atemorizados siendo emperador. Este tan gran príncipe se hizo aborrecible por sus acciones sangrientas; y su cólera formidable le causó la muerte, anticipándose á dársela los que se creían en peligro de padecerla; y su secretario, amenazado, se puso al frente de la conjuracion. El ejército, que le vió perecer por una conspiracion tan vasta, rehusó elegir emperador, temiendo elevar al trono uno de los asesinos de Aureliano; y el Senado, restablecido en su antiguo derecho, eligió á Tácito. Era este nuevo príncipe venerable por su edad y por su virtud; pero las violencias de un pariente, á quien dió el mando del ejército, le hicieron odioso, y pereció con él en una sedicion el sexto mes de su reinado. Así, su exaltacion no hizo sino precipitar el curso de su vida. Su hermano Floriano pretendió el imperio por derecho de sucesion, como heredero más próximo. Desestimóse este motivo; Floriano fué muerto, y Probó forzado de los soldados á admitir el imperio, sin em-